

«EL MULATO RIQUELME», biografía novelada, de
Fernando Santiván, Zig-Zag, 1951

Los escritores chilenos que se han preocupado, desde distintos puntos de vista, de la figura de don Bernardo O'Higgins, ya forman legión. Todos ellos, por lo general, no ahondan en la interesantísima época que, desde su nacimiento, llega hasta el momento en que toma posesión de la hacienda «Las Canteras», debido a que no hay una documentación abundante y precisa; habría que escribir sobre una base a menudo hipotética, imaginada, y los biógrafos de don Bernardo, hasta aquí casi todos historiadores, prefieren conducir sus análisis hacia el terreno más positivo e interesante para ellos.

Un novelista, pues, tenía que tomar esos poquísimos datos, las cartas de O'Higgins, desgraciadamente escasas en esos años, y rellenar las lagunas con un mundo imaginativo cuya realidad provendría del conocimiento del alma, ideario y época o'higginianos.

Es lo que ha realizado con medular efecto Fernando Santiván.

Uno de los últimos y más celebrados biógrafos de don Bernardo, el historiador Jaime Eyzaguirre, dedica en su obra treinta y cuatro páginas, todo el primer capítulo, al mismo período que ocupa las trescientas del libro que comentamos. ¿De qué se ha valido Santiván para la realización de su trabajo? Ha recurrido a personajes imaginarios y a los escasos documentos que aportan el escueto dato, amplificado novelescamente por el autor con un conocimiento exacto de la época y ambiente, lo que acusa una honrada investigación.

Casi la totalidad de los biógrafos de O'Higgins ha reconocido la falta de documentos relativos a su juventud. Ernesto de la Cruz, en su «Epistolario de don Bernardo O'Higgins» (1) hace aparecer, de esos años, tres fragmentos y una sola carta completa. Cuando se refiere a ellos en nota agrega que no ha podido encontrar el cuadernillo donde don Bernardo tenía la costumbre de copiar esas cartas—alrededor de veinticuatro que abarcan desde octubre de 1798 a junio de 1801—cuadernillo mencionado por don Benjamín Vicuña Mackenna en su «Ostracismo de O'Higgins». Ignoramos nosotros el paradero de ese valioso documento y si él ha podido ser consultado por los últimos biógrafos, incluyendo a Santiván. En él deben de hallarse todos los detalles de la solitaria juventud del héroe, alejado de su terco padre y desamparado epistolarmente por doña Isabel, su madre, a quien escribía desde Londres, en febrero de 1800, palabras desgarradoras que por la brevedad no transcribimos.

Imaginemos un instante esa juventud dolorida, en país extranjero, abandonado a la pasividad censurable de su apoderado en Cádiz don Nicolás de la Cruz, primer Conde del Maule y mediano escritor; soportando el sucio comportamiento de sus apoderados londinenses, los judaicos relojeros Spencer & Perkins.

Santiván se vale de un personaje imaginario, creado por él mismo: el mulato Riquelme, familiar de O'Higgins. «Es muy posible—dice el autor—que el mulato Riquelme fuese hijo o sobrino de don Simón Riquelme, padre de doña Isabel», p. 15. El autor aparece en la obra en otro plano como «el editor», y

(1). Imp. Universitaria, Santiago, 1916

encuentra las viejas memorias del mulato que al principio toma por viejas cuentas de su abuelo; después se da cuenta de que contienen interesantes detalles sobre la vida del héroe de Rancagua. Las arregla, las pule, las acomoda al lenguaje de nuestra época, pone las cosas en su lugar y refrena la imaginación volandera del mulato porque éste «se deja arrastrar a menudo por la imaginación pedantesca o su irrasmisible tendencia a la mentira y, quizás sin pretenderlo, desfigura los hechos históricos», p. 17. El autor ha debido llenar lagunas del relato, «completar el manuscrito, ordenar las carillas», etc., y llega a decir humorísticamente: «Si le creyéramos a fardo cerrado, él habría sido el centro de la historia patria, y todas las grandes acciones de su época se deberían a su consejo e inspiración», p. 31.

Los dos planos narrativos en que se desarrolla la obra, la alivianan y hacen más interesante. Las últimas cien páginas forman la segunda parte, intitulada «La novela del mulato»; hay allí bellísimas páginas campestres, propias para que la pluma criollista de Santiván se solace ampliamente. Digno de recuerdo es, en esa parte, el capítulo «Mieles campesinas», verdadera página idílica.

La más delicada labor de Santiván ha sido la reconstrucción fiel y precisa de los caracteres: el de doña Isabel, el de don Ambrosio—en fugaz presentación—el de don Bernardo y de otros personajes importantes en la obra; todos redivivos, le confieren calidad y veracidad agradables. Con elementos imaginados, Santiván nos lleva a los lugares, nos enfrenta a seres de carne y hueso, a un Bernardo humanizado, doméstico y chilénísimo.

Al principio del libro, en pocas líneas, nos pone en

contacto con la hermosa Isabel Riquelme, la pura niña de antes de la visita a los solares chillanejos del maduro coronel don Ambrosio. El mulato la describe así:

«Sólo ella puede tener ojos parecidos a los suyos, azules como el «no me olvides» y una boca tan perfecta y graciosa. ¿Cómo no adorarla? Su carácter es un poco autoritario, pero justo, recto e independiente. Cuando ella frunce levemente las cejas, es señal (de) que ha tomado una decisión, que será expresada con escasas palabras cantarinas, pero ¡irrevocables!», p. 27.

Después, el temblor de admiración, entre erótico y mítico, que soporta la hermosa muchacha cuando sabe que en su casa se alojará el bizarro coronel que viene a poner un poco de azul en sus sueños interrumpidos por el deseo de sus padres de casarla con «aquel señor Rodríguez», futuro padre de Rosita, la tierna hermana que cerrará los ojos del Libertador en su retiro de Montalván:

«—¿Sabes, Goyo—me dijo—sacudiendo la cabeza y adquiriendo de nuevo su tono normal... —¿Sabes que tendremos de alojado a un capitán muy valiente que irá a pelear con los indios?... ¿Lo has oído nombrar? ¿Sabes cómo es?

Comprendí lo que pasaba por el alma de la niña—dice el mulato—, y no quise enturbiar su sueño...

Pasó por el rostro de la niña un leve sonrojo, y exclamó con acento ligero, como si se apoderase de ella una extraña fiebre.

—Me gustan los hombres que manden a los demás...», p. 29.

El insondable destino seguía su marcha. ¿No era portentoso su rodar? Bien lo dice el autor:

«Pocas veces... se hace más evidente la portentosa y complicada máquina del destino... Doña Isabel vegeta en uno de los perdidos rincones del mundo: Chillán... Es bella doña Isabel... Su destino humano parece trazado... En el aburrido tálamo de los amores mustios, procreará hijos que, más tarde, repetirán chismes de vecindad, cultivarán sus campos, atenderán su comercio, morirán...

Pero no. La pequeña patria en gestación necesita un héroe... Y emprende su camino desde un lejano país, la remota Irlanda, un hombre extraño, más enamorado que apto para el amor... Este hombre deambula por el mundo... casi al finalizar la vida, pasa impremeditadamente por el más remoto pueblo... cerca del Polo Sur y se encuentra con la corola abierta de esta flor de montaña, verdadera *edelweiss* crecida en los faldeos del Nevado de Chillán... La corola blanca... tiembla toda como un velo de novia al recibir el soplo de la brisa, y se produce el acto maravilloso... ¡Ha nacido el héroe necesario y esperado!», ps. 33, 34.

La obra es de peso, convincente, bien escrita. El amor en O'Higgins ha sido estudiado por Santiván y aunque en la mayoría de los casos lo hace imaginariamente, aparece su histórica pasión—que quedó grabada muy hondo en su corazón—por Carlota Eels, la hija del dueño de la Pensión en Richmond, donde el joven Bernardo estudiaba, y otro amor, imaginario, que el mulato cuenta sintió el héroe por

su hija Sinforosita—cuyo sólo nombre habría puesto en guardia a don Bernardo—interceptado por otra dama patricia, colorina fogosa y viva de ojos, llamada doña Rosarito, que trató inútilmente de conquistar al rico heredero de las dieciséis mil y tantas cuerdas de «Las Canteras», cuyo corazón pertenecía a la hermosa hija del mulato Riquelme.

La madurez del autor, la conciencia con que ha desarrollado su labor, el dominio de recursos, matizados con donaire expresivo y fino humor, bien pagan todos una relectura.

Léase «El mulato Riquelme; es la obra que faltaba sobre nuestro héroe máximo.—JUAN LOVELUCK.



«LA NOCHE AGÓNICA», poemas, de *Mario Ferrero*.
Ediciones Marsa, 1951

En una esmerada publicación con que se inician «Ediciones Marsa», Mario Ferrero nos entrega su segunda obra, «La Noche Agónica». Publicó en 1948 su «Capitanía de la Sangre», hoy agotada. Años, pues, hay entre una y otra, y ellos significan para su autor ejercicio, combates consigo mismo, diarias renunciaciones, porque el proceso creador es más bien algo angustioso que placentero. Es imposible que un verdadero poeta—y Ferrero lo es—permanezca ese lapso sin escribir copiosamente. Por lo que se columbra en los diez poemas que forman este volumen, en esos años fueron quedando atrás las vacilaciones primeras, las inseguridades; ahora ronda la madurez expresiva, el encuentro de un verdadero camino poético.